

LVIII.

A un buen guardador un buen expendedor.

Las casas de huéspedes de Madrid se parecen á las idem idem de todas partes.

En lo que ménos piensan los que especulan ó se mueren de hambre, que hay de todo, con esta clase de negocios, es en la comodidad y en la seguridad de los inquilinos; haya los mas que sea posible, paguen puntualmente su renta y allá se las avengan ellos con las servidumbres y molestias de la casa, que á fé que nadie tiene la culpa de que sean pobres y no tengan con que proporcionarse mejor habitacion.

Los porteros ó caseros son los reyes absolutos, y así haya vecino ruin que no les dé propina cuando llegue á deshora, que ya se harán sordos y le dejarán á la luna ó á las estrellas hasta que Dios mande su luz, y bien puede llamar con una piedra hasta romper los oídos á los vecinos de toda la calle ó echar la puerta abajo, que si sus toques llegan hasta el

lecho de sus tiranos, estos se volverán para otro lado murmurando cuando mucho favor quieran hacerle al desventurado inquilino:

—Llama y rábia cuanto quieras, que así aprenderás á no venir á las tantas de la noche para no darle ni una miserable peseta á la gente; ¡tunante! como si todo se lo mereciera!

Esta digresion sobre los porteros no viene al caso; pero como quiera que en este momento llaman de una manera estrepitosa y sin éxito á la puerta de la casa contigua á la que pongo á tus órdenes, lector amado, y en la cual estoy confeccionando esta novela que tienes el buen gusto de leer, y sobre todo de pagar, que es lo que mas te agradezco, espero que no tomarás á mal la rotura del hilo de mi historia, atendiendo á la gracia que me hace la música que lastimando está los tímpanos de los oídos de tu servidor.

Y apropósito de música, debia hacerse un reglamento para que todo el que no viva en despoblado no se dedique á ella ni se dé el gusto de llevar á su casa una orquesta para bailar, sino con la precisa condicion de callarse á la hora prudente en que todo fiel cristiano se recoge en su casa, pues no me parece nada justo que miéntras unos se divierten los otros se desvelen. La verdadera libertad consiste en el ejercicio de todos los derechos, respetando empero, como diria algun escritor campanudo, los derechos de los demas; y como quiera que no puede haber derecho mas natural, ni mas sagrado, ni mas agradable de ejercer que el de dormir á pierna suelta, los amantes á trasnochar deben ejercer el derecho que tienen para ello sin atentar en lo mas mínimo al que los demas tienen para dormir á la hora que Dios manda.

En la casa cuyas habitaciones estamos recorriendo tan á deshora, del brazo de nuestros lectores y en grata, para nosotros se entiende, conversacion con ellos, no habia el incon-

veniente del portero, en primer lugar porque el tío Antonio era un viejo muy amable y muy amante de servir á todo el mundo; y despues, porque teniendo todo en casa los vecinos, hasta drama y baile, porque el barba solia recitar ante los del piso superior sus papeles de mas efecto, y la hija de Terpsícore se complacia en hacer piruetas para lucir la ligereza de sus pies y la robustez de sus pantorrillas, teniendo todo en casa, como deciamos, los vecinos no salian á buscarlo á la calle, y el jesuita, de quien pensaban en la casa cuando se dilatava en llegar que se le habria hecho tarde entregándose á la penitencia, y á la contemplacion de la nada y de la miseria humana en algun cementerio, pagaba generosamente al portero el trabajo que se tomaba en esperarle.

Tampoco las armonías de la música molestaban á los inquilinos de la casa que regenteaba el tío Antonio, porque no eran dados al arte divino de Euterpe ni los que habitaban la misma casa ni los que ocupaban las contiguas; y en cuanto á baile, la hija de Terpsícore hacia sus ensayos á domicilio sin música, y cuando mucho tarareando *sotto voce* el paso de los chales ó la Ferrolana.

En cambio, los cuartos tenian el gravísimo inconveniente de comunicarse unos con otros los del mismo piso; inconveniente que habia tratado de salvar el propietario condenando las puertas solo de un lado, porque decia que no podia dar á los inquilinos dos roperos, con un mueble de esta naturaleza.

Cuando D. Alejandro, que así se llamaba el vecino próximo al Cura, con gran contento de su criada que podia sin grave riesgo de que lo notara su amo llamarle D. Alejandro en puño, trató de tomar el cuarto que habitaba en aquella casa, hizo un gesto al notar la puerta que iba para el cuarto contiguo, pero el antecesor del tío Antonio que convencia en aquella época á los que llamados por el cartel de la puerta entraban

á ver el cuarto que se alquilaba, de que debian ser inquilinos de una casa tan quieta y de tan buen nombre como aquella, le aseguró que por el lado opuesto habia, condenando aquella malhadada puerta, un enorme ropero que ni el mismo Goliat podria mover de su sitio, y que ademas la cerradura era inglesa legítima y la llave la guardaba el propietario con las de las otras puertas que en el mismo caso se hallaban.

El discurso del buen conserje y la modicidad del precio de alquiler convencieron al viejo D. Alejandro, quien se instaló en su habitacion nueva haciendo en ella desde el primer dia la vida de que tratamos de dar una idea á nuestros lectores en el capítulo veintinueve de esta historia.

Los rumores que circulaban en el vecindario respecto de D. Alejandro no eran infundados. Tenia el buen viejo una aficion desmedida al dinero, aficion que podriamos llamar muy propiamente y sin escándalo de nadie aficion criminal, porque á D. Alejandro no le agradaba el dinero como agrada á los que le tienen inclinacion legítima, por los goces y las comodidades de todo género que bien distribuido y gastado á tiempo proporciona; le agradaba por ser dinero, y los ratos mas felices de su vida eran aquellos en que en el silencio de la noche, y tomando las onzas marcadas con el busto de sus magestades Carlos IV ó Fernando VII, una á una entre sus cinco dedos, las iba apilando en montones de á veinte sin hacer el menor ruido, las lavaba efectivamente con jabon y sacate para darles mas brillo y las formaba en batalla y de mil maneras encima de su mesa, como si él fuera un niño y ellas el contenido de una caja de soldados de madera ó de plomo.

Al hacer esta operacion los ojos del septuagenario brillaban de un modo extraordinario; parecia rejuvenecer en aquellos momentos y habria pensado morirse si un extraño le sorprendiera tan agradablemente ocupado.

Muy entrada la noche y cuando el sueño amenazaba vencerle por completo, echaba una mirada á sus montones de onzas, ardiente por tanto como las amaba, triste porque era la última que les dirigia aquella noche; las ponía, acariciándolas y procurando que no sonaran lo mas mínimo, en una bolsa de cuero cuyo cuello amarraba cuidadosamente con una correa, y luego, volviendo la cara á todas partes como si temiera que alguno le estuviera observando, dando vueltas y revueltas por el cuarto como para desorientarse á sí propio, pues ni él mismo querria saber donde se hallaba encerrado su tesoro, se acercaba á la ventana, retiraba de uno de los agujeros practicados en la pared para que entraran los extremos de la tranca un ladrillo perfectamente amoldado á la parte interior del escondite, y depositaba allí, empujándole lo mas adentro posible, su querido saco, no sin haberle estrechado varias veces contra su corazon y siguiéndole con la vista hasta que se perdía en la oscuridad del agujero.

Aquellas repugnantes escenas tuvieron muy pronto un espectador; el Cura, á cuyos oídos habia llegado la avaricia de D. Alejandro, y que observándole siempre y cuidadosamente habia logrado sorprenderle convirtiendo en casa del cambista de la calle Ancha sus especies metálicas en peluconas, espío la ocasion de que se desocupara el cuarto contiguo al del avaro, y llegada esta se instaló allí edificando á los vecinos con su buena conducta y su extraordinaria devocion. El muy truhan, además del aparato místico que desplegó en los pocos efectos que llevó á aquella casa para completar el menaje de su habitacion, tenia buen cuidado de dejar, como por olvido, una disciplina ó un silicio en parte donde no podia ménos de ser notado tan eficaz pasaporte para el cielo; y si los demas vecinos no hubieran sido tan dados á la murmuracion y á rebajar los méritos que los miserables pecadores procuran hacer en el mundo

para desagravio de Dios nuestro Señor por la gravísima culpa que cometieron no pudiendo impedir que Su Divina Majestad los mandara al mundo á padecer, santo, que no jesuita, habrian llamado al Cura.

La primera diligencia de este, cuando estuvo seguro de que nadie le observaba, fué reconocer el terreno donde tenia que obrar; con esa especie de doble vista que la naturaleza ha concedido á los pícaros, y ántes de las explicaciones del portero con relacion á las puertas condenadas, habia comprendido que el principal punto de ataque estaba detras de su ropero. Desocupó completamente aquel mueble, se introdujo en él y le examinó atentamente. Vió que el fondo estaba hecho de varias tablas y que era fácil desprender una ó dos para dar paso á un hombre; pero el Cura era un bribon en regla y le agradaba hacer las cosas bien hechas; convertido en carpintero y trabajando misteriosamente y con instrumentos sordos por espacio de algunas noches, convirtió en corredizas las tablas traseras de su ropero.

El agujero de la llave le permitió ver todas las operaciones del avaro, y los ojos se le iban tras de aquellas amarillas monedas que á no ser por el cuidado de su dueño se habrian enmohecido, y que estaban fuera de la circulacion con grave perjuicio de la riqueza pública y de la patria.

El Cura, español ántes que todo y economista consumado, pensó que prestaria un servicio á España y haria subir las rentas del Estado desamortizando y poniendo en circulacion aquel dinero que entónces no servia mas que para delectacion de un vejete imbécil, y tomó inmediatamente su partido.

Dos dificultades se presentaban y habia que vencer desde luego; la primera consistia en la manera de forzar la cerradura, que como el antecesor del tío Antonio le habia asegurado á D. Alejandro era magnífica; la segunda, en que la criada del

avaro gritaría hasta desgañitarse si por desgracia era sentido el Cura.

Ninguna de las dos era capaz de arredrar á este, que comenzó por sacar en cera el molde de la cerradura, y no tardó en hacerse conocido de la criada, á la que ofreció una pequeña gratificación porque le sirviera sin desatender á su antiguo amo.

LIX.

De cómo maduraba el Cura sus proyectos.

Ganar á la criada de Don Alejandro era fácil, y un ladrón vulgar no habría dejado de intentarlo; pero el Cura no gustaba de cómplices, y era preciso que se tratase de una empresa en que le fuesen absolutamente indispensables para que echara mano de ellos. Pensó mas bien en hacerla dejar el servicio de D. Alejandro el día en que él estuviera en disposición de obrar y se puso á trabajar en su famosa llave maestra.

Todas las noches observaba á D. Alejandro en su misteriosa operación, y ni una sola dejaba, cuando este se recojía y apagaba la luz, de probar si su llave le hacia á la cerradura; el trabajo era difícil; introducía la llave con un pedazo de cera